

MENA GARCÍA, C., *EL ORO DE DARIÉN. ENTRADAS Y CABALGADAS EN LA CONQUISTA DE TIERRA FIRME (1509-1526)*, SEVILLA-MADRID: CENTRO DE ESTUDIOS ANDALUCES-CSIC, 2011.
ISBN: 978-84-939078-2-2 Y 978-84-00-09334-1.
640 PP.

FRANCISCO GARCÍA FITZ
Universidad de Extremadura

En junio de 2008 se celebró en Ciudad de México un importante encuentro científico que reunió a medievalistas, modernistas y americanistas de Europa y América para reflexionar sobre *El mundo de los conquistadores*. La idea básica de los organizadores —investigadores vinculados a la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Universidad Iberoamericana de México— era analizar un amplio abanico de rasgos característicos de las sociedades ibéricas medievales y determinar su proyección en la conquista de América, trazando así continuidades, evoluciones y rupturas entre las actitudes, comportamientos e ideas de los conquistadores de un lado y otro del Atlántico.

Los resultados de aquel encuentro fueron muy interesantes, puesto que abrieron nuevas perspectivas de estudio y se apuntaron caminos que aún están por desbrozar. La próxima publicación de los mismos pondrá a disposición de la comunidad científica los trabajos que allí se presentaron, en lo que puede ser el principio de algunas líneas de investigación llamadas a dar notables frutos.

Varias décadas antes de este encuentro, algunos trabajos ya clásicos de Antonio Tovar o de Sánchez Albornoz, por citar dos autores bien conocidos, también habían apuntado las evidentes relaciones entre los procesos históricos que habían tenido lugar en la Península Ibérica durante la Edad Media y los que se desarrollaron en América tras la llegada de los españoles. El fenómeno, pues, es de indudable interés historiográfico.

Pues bien, el libro que aquí se reseña, escrito por Carmen Mena, una americanista de reconocido prestigio, de larga trayectoria y excelente conocedora de aquellas realidades históricas, viene a profundizar en estas líneas de análisis. Por supuesto, la obra representa una valiosa contribución al conocimiento de la historia americana y de la presencia hispana en Tierra Firme durante la fase más temprana de conquista, ocupación y explotación de aquellos territorios del Darién, hoy día a caballo entre Panamá y Colombia.

El título y el subtítulo del trabajo anuncian con toda claridad los dos conjuntos de fenómenos históricos cuyo estudio se detalla a lo largo de más de 600 páginas: “oro”

y “cabalgadas”, como sinónimos de explotación y conquista, de economía y guerra, de ocupación y violencia, binomios todos ellos que, igual que en otros escenarios de frontera —entre ellos obviamente el precedente hispano medieval—, se nos presentan indisociablemente unidos y formando parte de una única vivencia social.

Articulado el libro en cuatro grandes bloques, el primero de ellos —tan clarificador como necesario—, nos aproxima a la geohistoria del Darién, lo que incluye no sólo una presentación del espacio, del medio físico, del ecosistema dominante, sino también del “paisaje humano”, del panorama cultural y antropológico de las poblaciones amerindias con las que se encontraron los españoles, de sus actividades económicas, sus formas de organización sociopolíticas y sus creencias religiosas.

Conocido el medio natural y social, el segundo bloque se dedica al análisis de la llegada de los conquistadores, a sus primeras incursiones, a sus trágicas y, a veces, exitosas exploraciones, a sus actuaciones tantas veces marcadas por la crueldad y la desmedida ambición, a su dramático asentamiento en la primera ciudad fundada en Tierra Firme en nombre de la corona de España: Santa María de la Antigua, aquel “cementerio de conquistadores en medio de la selva”, verdadera “plaga de langosta” para los conquistados. El principio y el fin de este asentamiento marcan los límites de esta temprana experiencia que vio discurrir a las expediciones de Alonso de Ojeda y de Diego de Nicuesa, a la hueste de Balboa que descubrió el Pacífico, a los capitanes al mando de Pedrarias Dávila.

El reguero de muerte y destrucción que dejaron a su paso, el expolio sistemático al que sometieron a tierras y hombres, la aniquilación de sus propias fuerza abatidas por los combates, la enfermedad y el hambre, el abandono final de Santa María de la Antigua no fueron, a la postre, la demostración de un fracaso, sino la base del éxito de la presencia española, y en ello tuvo algo que ver la organización militar de la hueste conquistadora, el entramado bélico-institucional que se implantó en aquella nueva frontera y sus formas de actuación frente al enemigo. Es al estudio pormenorizado de todo ello a lo que está dedicado el tercer bloque temático.

Al margen de la necesidad de vencer el hambre, de sobrevivir a toda costa en un ecosistema difícilmente habitable y en un ambiente hostil que ellos mismos habían creado con sus acciones, la posibilidad, a veces real, otras quimérica, de enriquecerse con el oro fue el motor permanente de aquellos grupos de conquistadores. Por eso tiene pleno sentido que el último bloque esté centrado en el análisis de las finanzas de la conquista, del rastro de las ganancias, de los ingresos fiscales obtenidos por la Corona y de la explotación, rendimiento y formas de organización del trabajo en los yacimientos y en las casas de fundición del oro, así como en el estudio del valor de los “rescates” y del botín de las cabalgadas, sin olvidar el estado de la metalurgia en la América precolombina.

Conviene reiterar la importancia de la obra para la historia de América y para el americanismo, puesto que la autora no solo contribuye de manera extraordinaria al mejor conocimiento de esta temprana etapa del establecimiento español en Tierra Firme —una etapa por cierto oscurecida por el deslumbramiento de los descubrimientos colombinos y

de las conquistas de los grandes imperios—, sino también a desmontar algunos tópicos fuertemente arraigados en la historiografía en torno al papel e importancia de la misma en el marco general de la conquista española.

Pero para el medievalista el libro tiene un valor adicional, en la medida en que lo invita a la reflexión sobre algunas realidades historiográficas que le resultan familiares. La autora ha tenido el acierto de mirar hacia atrás en el tiempo, buscando y encontrando en el período medieval los orígenes de no pocas prácticas e instituciones que los españoles llevaron a América.

Habitados a respetar las artificiales fracturas temporales entre la Edad Media y la Moderna, sancionadas incluso por nuestro sistema administrativo-universitario, los medievalistas perdemos muchas veces de vista la continuación en el tiempo de las realidades que historiamos. El estudio de Carmen Mena viene a darnos un toque de atención al respecto, siquiera por lo que respecta a algunos campos de análisis, como es el de la guerra y la organización militar: los hombres que desembarcaron en América llevaban a sus espaldas un bagaje centenario, puesto que no solo eran herederos de las costumbres militares, de la manera de entender la relación con el “otro” o de las prácticas e instituciones fronterizas que habían aquilatado sus antepasados en las fronteras peninsulares frente al Islam, sino también de la permanente aspiración al enriquecimiento y al ascenso social a través de la guerra.

Por su supuesto ni el tiempo, ni el espacio ni los contextos eran los mismos. No creemos que haga falta aclarar lo evidente. Pero seguramente un caballero abulense del siglo XII, acostumbrado a participar en las profundas incursiones que la milicia de Ávila llevaba a cabo en el corazón de al-Andalus, no encontraría del todo extraña la irresistible atracción por el oro y la riqueza que impulsaba a los conquistadores que arrasaron con los indios en el territorio del Darién. En realidad, ningún habitante de las Extremaduras históricas, o en general de las fronteras medievales ibéricas, podría sorprenderse de la centralidad de botín en la vida de los conquistadores de América, del “torrente de ira” en el que se traducían la venganza, de la utilización de unos enemigos contra otros con el fin de someterlos a todos, del funcionamiento de sus huestes y de sus cabalgadas. La crueldad, la deshumanización del adversario, el terror como práctica bélica tampoco eran ajenas a las coordenadas mentales de los hombres del medievo hispano: tal vez los conquistadores de América no lo sabían, pero cuando azuzaban a sus perros para que descuartizaran a los indios, no hacían sino seguir el ejemplo del Cid ante las murallas de la Valencia musulmana.

Carmen Mena no profundiza en el terreno de la ideología de la guerra, de la legitimación de la violencia o de los argumentos que emplearon los conquistadores del Darién para justificar sus acciones, incluidas las más repugnantes, pero estamos seguros, y así lo apunta la autora, que también conectaban con las elaboradas con sus predecesores medievales. Y es que como bien se recuerda en el texto, citando palabras de Mario Góngora, no se trata tanto de establecer paralelismos o analogías entre unas y otras conquistas, sino de comprender que entre ellas existe una “relación genética”. El esta-

blecimiento de ambos códigos genéticos, el de los conquistadores medievales y el de los conquistadores de América, y su consiguiente comparación, permitiría establecer líneas de dependencia, continuidades y rupturas, para comprender así hasta qué punto el ADN de la conducta de los españoles al otro lado del Atlántico se había forjado a este lado del mar y a lo largo de siglos de hostilidad con el Islam occidental. En esta tarea de desvelamiento, ardua y compleja, *El oro del Darién* ya ha marcado una pauta a seguir y los medievalistas deberíamos estar muy atentos a las posibilidades que nos ofrece y a las perspectivas que nos abre.